

UN ASUNTO SIN TRASCENDENCIA

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

Hace unos días, un amigo me hizo un amable reproche:

—Está mal que no te ocupes de asuntos de verdadera trascendencia.

Me dejó preocupado mi amigo. Hasta tal punto, que desde entonces he espiado el desfile de asuntos trascendentales, con el mejor propósito de cazar alguno y traerle a esta sección. Muchos tienen que haber pasado ante mis ojos, pero yo no los he sabido ver. Es una incapacidad como otra cualquiera.

Me confirma en esta triste idea de mi ineptitud para las cosas serias lo que me ha sucedido ahora.

Se trata de que, con una maravillosa constancia, Televisión Española pide, suplica casi, nuestra ayuda—"Contamos contigo"—para hacer Deporte. Sí, con mayúscula, ya que se trata del Deporte del más puro sentido de la palabra.

La Delegación Nacional de Educación Física y Deportes ha lanzado una campaña de ámbito nacional, para lograr que la práctica deportiva sea realidad tangible. Al parecer se trata de desterrar, con loable e indiscutible buen sentido, el que se titule deportista a cualquiera que, con estoicismo digno de mejor causa, permanece sentado en una grada por tiempo previamente determinado y en domingo.

Y es que el Deporte—repito con mayúscula—no consiste en ver, sofocarse hasta el extremo del colapso y, al día siguiente, discutir en la oficina.

El Deporte es algo más elemental y, al mismo tiempo, algo más complejo. En nuestros años niños lo entendíamos como unos terribles partidos de fútbol con la pelota de trapo de la vieja niñez—en el campo del Iberia o en pequeño y cercano del Pirata. La natación eran escapadas a las playas de San Antonio, Los Melones y La Peñita; el ciclismo, reservado para los afortunados que disponían de una peseta, eran unas bicicletas herrumbrosas que se alquilaban por la calle de San Martín.

Fue aquella una época heroica y que aún nos llega envuel-

ta en la siempre maravillosa aureola del recuerdo. Era el Santa Cruz del poco tránsito. El Santa Cruz que nos permitía, alumnos del viejo Instituto de la Plaza de Ireneo González, jugar reñidos partidos de fútbol—siempre con pelota de trapo—en plena calle de Numancia. Era el Santa Cruz espacioso y en crecimiento.

Hoy todo ha cambiado. Nuestros hijos tienen los balones que a nosotros estuvieron vedados, pero carecen de campos donde jugar y entrenar. Disponen de magníficas aletas de natación, pero no tienen playas ni piscinas. Las bicicletas, cromadas y relucientes, les tientan con la risa silenciosa de sus ruedas; pero no pueden practicar el sano deporte entre todo un tráfico congestionado.

La campaña de Televisión Española tiene, dentro de su magnífica concepción y realización, un poco de suplicio de Tántalo para los niños de Santa Cruz. Ellos quieren jugar y hacer deportes, pero no tienen dónde. Carecen de hasta lo más elemental, esos simples solares que, habilitados para el caso, resolverían un problema, tanto para los padres como para los hijos.

Es triste ver en los barrios extremos de la capital a grupos de criaturas que, a falta de lugar donde lograr las pocas facilidades que la edad exige para jugar y expansionarse, se dedican al no tan interesante deporte de la pedrada con todo bicho viviente. No creo que esta especie de lanzamiento de disco, practicado sobre blancos representados por todos los gatos y perros de la zona, nos dé un futuro más o menos próximo una nueva generación de deportistas.

En este asunto del deporte para los niños viene a cuento la importancia de las cosas pequeñas. Si de pequeño podemos calificar este problema de miles de niños que quieren jugar, hacer deportes, y no tienen dónde.

Como mi amigo verá, he tratado de captar algún problema trascendente. No lo he conseguido. Y esto confirma mi pesimismo.